

Hoy, sí, hoy se cumplen exactamente dieciséis años de su nacimiento. Ya han pasado dieciséis años, parece mentira. Pero no era viernes, era sábado. Las cosas han cambiado mucho en este tiempo. Las cosas y nosotros. Sin embargo, yo recuerdo bien aquellos días, lo que sentía entonces y me encuentro igual. Son las circunstancias, el ambiente, los que me rodean. Todo es distinto, no yo. Yo no he cambiado, por lo menos, no tanto. Eso creo.

Bárbara era, antes de nacer, toda la esperanza, el futuro rosa. Ella iba a constituir nuestro norte, era la pieza que faltaba en el puzzle de nuestra felicidad. De recién nacida, aquel gusanito enrojecido colmó muchas ilusiones. No lloraba. Abría sus ojos enormes, los clavaba en mí y yo sabía lo que me pedía. La alimentaba o la cambiaba, la acunaba o me la llevaba de paseo. Lo que necesitara, lo que quisiera.

Mi madre, sin perder la costumbre, gruñía por todas las esquinas, que la malcriaba, que la estropeaba. Mi madre pasó a ser «la abuela» cuando nació Bárbara y no supo admitirlo. El título la hacía vieja y lo rechazó. Volvió a calzarse las ideas suyas de cuando era yo pequeña, y no dejaba de regañar, de reñir, de juzgar todo con un tajante *no*. Para la abuela, educar era sinónimo de castigo, de prohibición, de mal humor permanente.

Dónde se ha visto una madre que siempre está contenta con todo lo que esa mona hace. Dónde se ha visto una madre que le da todo lo que esa mona quiere. Dónde se ha visto una madre que le ríe las gracias a esa mona, haga lo que haga. Me prohibía estar alegre, mi obligación era asentarme en el papel de una perpetua desesperación porque la niña comía poco, porque se despertaba, porque podía enfermarse, porque había que educarla y eso suponía contradecirla por sistema, porque podían ocurrir todo tipo de desgracias y una buena madre sabe sufrir anticipadamente...

Fui buena estudiante, las monjas me querían mucho porque además era dócil y me encontraba cómoda en la capilla. Me gustaba cantar, no me quedaba como una estatua rebelde, como algunas, soportando el peso del cuerpo sobre una pierna o sobre la otra con aires de impaciente displicencia. Yo participaba en las misas, en las celebraciones. Sor Consuelo me enseñó a tocar la guitarra y siempre estaba en primera fila, en el coro. Tenía buena voz. Bueno y la tengo, porque yo no he cambiado, soy la misma. Ha cambiado el entorno, ellos. En el colegio era fácil vivir, bastaba con sonreír, y a mí siempre me ha salido la naturalidad y la alegría a la cara, y obedecer de buen grado. Sor Consuelo, además, era muy buena, me valoraba y me lo decía. ¡Qué agradable es saber que te aprecian! Yo no sé dónde le encontraban otras las dificultades al latín o a la historia o la gramática española... si era como un juego. Había ya profesoras seculares, no sólo religiosas, en el colegio, pero todas hacían lo mismo: nos explicaban las lecciones, y después nosotras teníamos que hacer y decir lo mismo que nos habían contado, por eso nunca entendí que algunas de mis compañeras no fueran capaces de salir adelante. No tenía ningún misterio, de verdad que no lo tenía, y sin embargo algunas, como si tuvieran que descifrar arameo.

Ahora debe de ser muy diferente, por lo que Bárbara me cuenta. A las niñas las presionan mucho y con los nervios a flor de piel no pueden rendir bien. Antes estudiábamos porque era de buen tono ir al colegio y ser educada y culta. No pasaba nada si se suspendía, que eso no iba conmigo, es que todavía no comprendo cómo podían ir tan mal algunas compañeras de mi clase. Pero ahora los profesores son muy exigentes, no se repiten las explicaciones, van siempre deprisa, deprisa, con la obsesión de terminar los libros y martilleando el cerebro con la famosa selectividad y las carreras y todo eso... Que yo lo comprendo, soy la primera que quiero que mi hija triunfe y hoy sin estudios no se puede. Quiero que tenga una carrera, quiero que sea la mejor, y dotes no le faltan, es muy inteligente, siempre lo han dicho todos sus maestros. No sé dónde está el fallo, la verdad, porque Barbarita debería ser de las mejores.

Tal vez el error fue eso de mezclar a los chicos con las niñas. Cuando yo iba al colegio, no había chicos. El mundo de los hombres se reducía al papá en casa y algunas que tenían hermanos, pero los veíamos tan lejos, tan en otro plano, que no contaban. Mi vida era el colegio, mis amigas, el coro de la capilla, las labores de las tardes. Pero ahora, todos revueltos, las niñas se descentran, descubren el mundo antes de tiempo, se hacen cínicas y viejas prematuras.

Cuando yo me enamoré, no podía dar crédito a lo que me estaba sucediendo. Tenía diecisiete años, y fue ver a Adolfo y quedarme hipnotizada. Lo mejor del caso es que yo ni me había dado cuenta de que existía hasta que no me lo dijeron mis amigas, que no dejaba de mirarme aquel chico, que no estaba nada mal, que no fuera tonta, que no debía ponerme colorada, que qué suerte, el más guapo de la fiesta, que además parecía mayor y no era hermano ni primo ni nada de ninguna conocida. La aventura me tentaba, la vanidad

de ser admirada, la novedad de asomarme a un balcón prohibido, la tentación de hacerme mayor de repente y de sentirme importante. Y lo guapo que era Adolfo, la verdad, tan alto, tan cuidado su pelo rizado, más bien rubio. Desconocido, además, lo que suponía una trasgresión de vértigo. Pero sobre todo, el bigote. Era un hombre, no un monicaco como Roberto, el hermano de Virginia, o José Luis y Vidal, los hermanos de María José.

Entonces todavía bailaban las parejas como debe ser, no como ahora que cada uno va a su aire y parecen todos muertos vivientes al ritmo machacón de una batería. Era verdad que me miraba a mí, porque se acercó y me invitó a bailar. Me azoré tanto que ni siquiera respondí, menos mal que siempre tuve la sonrisa fácil y él supo interpretarla como un consentimiento. Y se acabó todo. Así empezó mi nueva vida dentro de un carril estrecho, ciertamente, pero una vez que conocí la sensación de vivir enamorada culminé todos mis deseos.

Yo siempre quise ser feliz. Creo firmemente que tengo derecho y no veo razones para lo contrario. Mi madre fue educada en la idea del valle de lágrimas y se tomó el dolor como una obligación, como un billete para la gloria, como un pase, un salvoconducto que le garantizara el cielo. Me contaba, de pequeña, que eso le enseñaban en su colegio, sus monjas, que no fueron las mías, menos mal, porque las mías ya nadaron en otras aguas y cuando yo llegué al colegio Dios había dejado de ser un justiciero cruel para ser un padre bondadoso y el infierno ya tenía menos influencia. Hasta el diablo se había transformado, del pernicioso y poderoso enemigo en un objeto risible y vencido que sólo servía para decorar camisetas dándole apariencia de bebé travieso, eso sí, con cuernecillos y rabo.

Y como quise siempre ser feliz y Adolfo me proporcionó la cima de la felicidad, ya no le pedí más a la vida. Todo el

mundo me decía que le miraba con ojos de adoración y que él no siempre me correspondía. Bueno, es que los hombres son de otra pasta, eso lo sabe cualquiera, y yo era tan dichosa... Nos hicimos novios en cuanto nos conocimos, a qué esperar más. Él era un poco mayor que yo, apenas dos años, pero ya lucía aquel bigote que le daba un aplomo de persona mayor y experimentada que me obligaba a mí a estar a la altura, así que no iba a contrariarle o a negarle nada, no iba a exponerme a que me considerara una mojígata, una pasada de moda... Me aterraba la idea de que encontrara a otra chica mejor, más decidida, más viva, de que se aburriera conmigo. Pero él me aseguraba tanto su amor, que terminé depositando confiadamente toda mi vida en él.

Conocí el placer y no me pareció tan especial como se contaba, pero era tan importante para él, que me bastó para incorporarlo a mis obligaciones y para convertirlo en parte de mi dicha, porque si a Adolfo le hacía feliz, a mí también. Y para no quedar mal, les llevaba la corriente a mis amigas sobre lo maravilloso que aquello podía llegar a ser. Me gustaba mucho, además, que ellas me consideraran más adulta y más importante por el hecho de haber dado el paso.

Mi madre me miraba con los ojos atravesados, frunciendo la boca. Quería darme a entender su preocupación pero de ninguna manera abordar el tema, quería atemorizarme sin hablar, imponerme su rigidez como de costumbre, y sobre todo tratándose de algo tan peligroso como la moralidad, o sea, el sexo. Supongo que sufriría mucho, la pobre. Yo no, yo había nacido para ser feliz y nada me lo impedía, había conseguido todo cuanto necesitaba.

Adolfo trabajaba en unos grandes almacenes. Por lo menos, tarea de manos limpias, decía mi madre, y va vestido de persona. A ella siempre la horrorizaron los jóvenes que vestían demasiado deportivos, disfrazados, como ella decía.